

permiso, y aun entonces más que nunca vigilará el prefecto, ya que á él toca tener siempre sus ojos fijos sobre las personas y cosas de los seminaristas, á fin de que nada se haga malo, y todo sea virtud, y anden siempre bien ordenadas todas las cosas.

Es asimismo un grande deber del Prelado el hacer que el rector del Seminario y los catedráticos vigilen mucho sobre los seminaristas internos y externos, y si ve que algunos son desaplicados los llamará aparte, y les amonestará para que se enmienden.



## CAPITULO V

### VOCACIÓN

#### ARTICULO I

##### IMPORTANCIA DE LA ELECCIÓN DE ESTADO Y SEGUIMIENTO DE LA VOCACIÓN

Según el P. Sacrest: De la elección de estado depende, puede decirse, la salvación ó condenación de nuestras almas. Para andar con seguridad por el camino de la vida, es preciso que nos acompañe el ángel del Señor, que siembra á nuestro paso las bendiciones de la gracia sin las cuales no podemos dar un paso. Es muy cierto que el Señor desde un principio le tiene señalado á cada cual su camino ó su estado, en el cual, si nos colocamos, las gracias nos corresponderán así como por derecho y nos salvaremos. Mas si por nuestro capricho entramos en un camino ó estado donde Dios no nos llama, no encontraremos á Dios, no encontraremos al ángel del Señor que nos preceda y nos acompañe y nos conduzca al lugar que nos tiene el Señor preparado, no encontraremos aquellas gracias que nos tenía el Señor preparadas en otro sitio; por donde vendremos á ser como soldado sin armas, cayendo vencidos al primer encuentro. Todos los estados son buenos y aun necesarios en el orden de la Providencia. Buena es la virginidad. La alaba

San Pablo, diciendo: que no la manda, sino que la aconseja como gran misericordia del Señor, y las vírgenes son como los ángeles de Dios en el cielo y siguen al Cordero por doquiera que va.—Bueno es el matrimonio, del cual dice San Pablo, que el tal sacramento es grande en Cristo y en la Iglesia...—Bueno es el estado de viudez, sobre el cual escribe el Apóstol á Timoteo: *Honora viduas*.—Honra á las viudas que son verdaderamente tales.—Y en el cielo tenemos vírgenes tan preclaras como las Catalinas y Ceciliás, las Rosas é Ineses. Tenemos casados como San Luis rey de Francia y San Esteban rey de Hungría, la Beata Juana de Aza y la madre de los Macabeos, y hay viudas como Santa Mónica, madre de San Agustín, Santa Isabel de Hungría y Santa Francisca de Fremiot. A cambio de lo cual vemos á Judas perdido en el Apostolado, y á Nestorio en el sacerdocio, y locas y perdidas algunas vírgenes del Evangelio, y á Salomón en terrible duda por causa de las mujeres; y así en todos los estados se puede encontrar la salvación ó la condenación. De suerte que toda la dificultad está en colocarse cada cual en el sitio designado por la Providencia.

El mundo es un gran reloj, y sus ruedas y piezas son muchas y variadas. Si el Señor es quien coloca las piezas, el reloj, el mundo marcha á compás. Si mano extraña trastorna las piezas y coloca de manera inversa las ruedas, el reloj andará desconcertado. Sucederá como cuando un hueso está descoyuntado que causa molestia y se cojea; así el mundo, la familia y el particular sentirá molestias continuas, y se cojeará en el servicio de Dios.

No hay, pues, duda que, hablando en general, hay obligación de seguir el llamamiento divino; bien es verdad que no siempre será igual la falta que en no seguirlo se comete. Si el que siente la vocación, cree que corre peligro moralmente cierto de su condenación, es indudable que peca mortalmente no siguiéndola. Y esto por el grande peligro á que se pone de condenarse, ya por la des-

obediencia al llamamiento divino, ya porque Dios no le concederá aquellas gracias que, en otro caso, le tenía preparadas, y sin las cuales es imposible que resista á las tentaciones del enemigo. Pero si juzga que puede igualmente en otro estado conseguir su salvación, no es fácil entonces definir cuánto y cómo peca en no seguirla.

Atiéndase bien á la doctrina de los santos. San Ligorio, en el primer párrafo de la *Vocación Religiosa*, escribe: «Es indudable que nuestra salvación eterna depende principalmente de la elección de estado. El V. Granada llamaba á la elección de estado «la rueda maestra de toda la vida», y así como en los relojes, colocada mal la primera rueda, anda desconcertada toda la máquina, así, dice San Gregorio Nacianceno, en orden á nuestra salvación, si se yerra en la elección de estado, toda la vida se experimentarán los efectos tristes de semejante error. Si pues queremos salvarnos es necesario que al tratarse del estado que se ha de elegir, sigamos la vocación divina, sólo en la cual Dios tiene preparados los auxilios eficaces con los que obtendremos nuestra salvación.»

Para acertar en este seguimiento, es necesaria una santa indiferencia, en virtud de la cual no nos inclinemos á un lado más bien que á otro; antes, donde conozcamos que Dios nos quiere, ahí estemos ó vayamos; ahí nos pongamos teniendo presentes aquellas palabras de San Juan. *Spiritus ubi vult spirat* (1). Pues que no tanto consiste en los estados la perfección cristiana, cuanto en llenar religiosamente las obligaciones del estado. Mucho más, que no pertenece al siervo escoger el oficio en que ha de servir á su Señor, sino á Dios, que en su admirable providencia tiene hecha la distribución de los cargos y destinos en que quiere ser servido. Por eso, de una parte debemos acordarnos de lo que dijo el Salvador á sus apóstoles: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, ut eatis et fructum afferatis*. «No me elegisteis vosotros, sino que os elegi yo pa-

(1) Evang. S. Joann., 3, v. 8.

ra que marchéis y hagáis mucho fruto» (1). Y así, dice San Pablo, hablando de su vocación, «cuando plugo á aquel que me separó para sí»: *qui me segregavit* (2). Por manera que éste es un derecho exclusivo de Dios, quien repetidas veces ha manifestado su indignación contra las intrusiones en su casa y ministerios. Coré, Datán y Abirón fueron absorbidos por la tierra, en pena de sus atrevimientos.

Si por ventura nuestra, nos otorgase Dios ese privilegio y nos marcara con su sello divino de la vocación eclesiástica, no temámos entrar en la casa del Señor; que Él que nos da el poder, nos dará también el obrar, y nos quitará el corazón de piedra, y nos dará un corazón de carne para vencer todas las dificultades; con tal que por nuestra parte no pongamos obstáculos á las influencias de la gracia. No escuchemos los gritos de la carne y de la sangre, que saben en estos casos ensayar todos los resortes de la sensualidad. Los padres y los hermanos, y los parientes y amigos suelen ser los primeros en entorpecer la acción de la gracia, cumpliéndose á la letra aquellas palabras de Jesucristo: *Et inimici hominis domestici ejus*. «Y los enemigos del hombre son sus propios domésticos» (3). Son como el Faraón de los egipcios que con mil promesas y amenazas pretende estorbar que el pueblo salga á sacrificar al Señor.

No sigamos tampoco el ejemplo de los convidados del Evangelio que rehusaron asistir al convite, alegando en ello varias excusas. «Un hombre, dice el Salvador (4), dispuso una gran cena, y convidó á mucha gente. A la hora de cenar envió un criado suyo á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron todos, como de concierto, á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito salir á verla; ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlas; dame, te ruego, por excusado. Otro dijo: Acabo de casarme y así no pue-

(1) Evang. S. Joannis, 3, v. 16.—(2) Ad Galat, 1, v. 15.—(3) Matt. 10, v. 36.—(4) Luc., 14, v. 16, 25.

do ir allá. Habiendo vuelto el criado refirió todo esto á su amo.... Respondióle el amo: Sal á los caminos y cercados é impele á los que encuentres á que vengan, para que se llene mi casa. Pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena». Así que importa muy mucho para la salvación eterna, para celebrar con los ángeles la cena del Señor, seguir el llamamiento divino. Por eso nos repite todos los días la Iglesia en los oficios divinos: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra* (1). «Si oyereis hoy la voz del Señor no queráis endurecer vuestros corazones». Antes digamos siempre con el Profeta Rey: «Preparado está, Señor, mi corazón, preparado está mi corazón» (2). Me llamáis á la continencia; aquí me tenéis dispuesto á sacrificaros mi cuerpo: me llamáis á vuestro ministerio; vedme aquí pronto *Ecce ego mitte me*.

## ARTÍCULO II

### DE LAS TRAZAS MARAVILLOSAS CON QUE EL SEÑOR LLAMA AL SANTUARIO

A todos y á cada uno de los que pertenecemos al Señor se nos ha dicho de alguna manera lo que al patriarca Abraham (3): «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré», según que en la ordenación dijimos: «*Dominus pars haereditatis meae*»: El Señor es mi herencia. Por lo cual es de admirar la Divina Providencia en esos llamamientos. Porque á unos saca el Señor de la tierra y de la casa de sus padres, donde no les aguardaba más que disgustos y penalidades, y á los cuales libra Él como libró á los israelitas de la servidumbre de Egipto; ó lo que es peor, donde se habrían consumido con el fuego de mil concupiscencias, si el Se-

(1) Psalm., 94.—(2) Psalm., 56, v. 8.—(3) Genes., 12.

ñor no mandara á sus ángeles, que son los ministros de Dios, que son los buenos pensamientos é inspiraciones, para que los sacasen como á Lot de las ciudades de Pentápolis. Otros, y esto es más maravilloso, los cuales alcanzaban buena posición y tenían sus haciendas y esperaban porvenir risueño, atraídos por el amor y obediencia de Dios, no quisieron hacer pacto con estos ídolos conforme á la palabra del Señor: «Cuando el Señor Dios tuyo te introdujere en la tierra que vas á poseer, y destruyere á tu vista muchas naciones, no emparentarás con ellos.... Tu Señor Dios te ha escogido para que seas pueblo peculiar suyo, entre los pueblos todos que hay sobre la tierra.»

Y en todos estos casos es mucho de ponderar cómo á veces es tal la suavidad y gusto que se experimenta en estos llamamientos, que no parece sino que cada día se hace un año en lograr lo que se desea, por más que en la presencia de Dios sea acaso más estimable el beneficio, cuando á pesar de todos los pesares, á pesar de los sentimientos de la carne y de la sangre, de los lazos que detienen en la propia casa y familia, triunfa por fin la voluntad con la gracia divina.

El Señor, por el amor grande que le profesaba á Lot, le envió dos ángeles para que le sacasen de Sodoma, los cuales le dijeron (1): «¿Tienes aquí alguno de los tuyos? Yernos, hijos ó hijas, á todos los tuyos sácalos de la ciudad...» Y al apuntar el alba, metíanle prisa los ángeles diciendo: «Anda y toma á la mujer y á las dos hijas que tienes; no sea que tú también perezcas en la ruina de esta ciudad malvada.» Viendo que se entretenía le agarraron de la mano á él, á su mujer y á sus dos hijas, pues el Señor quería salvarle, y sacáronle fuera.

¡A cuántos sucede otro tanto, que llamados una y otra vez por los ángeles del Señor, es decir, por inspiraciones y toques interiores, no acaban de despegarse de los lazos de casa y familia y otras afecciones terrenas, hasta que el

(1) Genes, 19, 12.

Señor, en la inmensidad de su amor, como que no atiende á esa especie de rebeldía, solícito tan sólo de salvar á sus escogidos, aun de las mismas faltas toma ocasión para llamarlos á sí, como sucedió con San Andrés Avelino que de mentiras dichas en el ejercicio del foro tomó la resolución de dejar la magistratura y recibir órdenes sagradas; y de San Telmo (1) se sabe que por salir chasqueado en un paseo vanidoso que daba, donde salió burlado de las gentes, resolvió burlarse del mundo entrando en la Orden de Predicadores.

Cuando la madre ve que su hijo chiquito se entretiene jugando con un cuchillo que le distrae por ser lindo y hermoso, primero se lo pide con gracia, y si así no puede recabarlo de él, se lo arranca de las manos con fuerza, aunque le cueste al niño lágrimas y sollozos; y todos decimos que obró la madre con grande amor y cordura, no fuese caso que hubiese alguna desgracia.

¡Pues cuántas veces los escogidos del Señor se entretienen jugueteando distraídos y pegados á mil cosas que habían de ser su perdición, y Dios con su amorosa providencia, cual madre tiernísima nos aparta con fuerza y con saludable violencia de lo que había de ser nuestra ruina, diciéndonos lo que los ángeles á Lot: «Apréstate, ponte á salvo en el monte, no sea que también tú perezcas juntamente con los otros!» ¡Y qué gozo tan inefable sentiría Lot al contemplar la singularísima bondad que el Señor había tenido con él, librándole de las llamas en que estaban abrasándose las ciudades nefandas! ¡Y si nosotros viésemos con buenos ojos los innumerables pecados, quebrantos y desgracias en que quedan envueltos muchos de nuestros vecinos y amigos con los mil cuidados de mujer é hijos, de casa y familia! ¡Y cuando por esta gracia se nos conceda algún día la libertad y seguridad del cielo! Entonces admirados de la providencia admirable del Se-

(1) Aunque no está canonizado, vulgarmente se le llama Santo en lugar de Beato.

ñor, no cesaremos de bendecir su santo nombre. *Misericordias Domini, exclamaremos, in aeternum cantabo.*—*Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium.* Ha sido libertada nuestra alma como el avecilla del lazo de los cazadores. Desligados de la carne y de la sangre, consagrados al Señor, no sufrimos las mil molestias y peligros que trae consigo el matrimonio.

Hay más; porque á unos llama de jóvenes y á otros que no lo son tanto: á unos prepara con bendiciones especiales, y á otros sorprende en el camino del mal: á unos llama al silencio y al retiro y se esconden como la paloma en los agujeros de la piedra; á otros á la penitencia y mortificación, para bañar como David con lágrimas su estrado; á otros inflama con celo por la gloria de Dios y salvación de sus prójimos; los cuales, á manera de nubes, vuelan para anunciar á los pueblos el reino de Dios, y redimir las almas del cautiverio del demonio; á unos en el estado eclesiástico secular y á otros en el regular. Y todo ello es providencia amorosa del Señor, el cual, al propio tiempo que adorna su Iglesia con variedad de servicios y recámaras, de situaciones y órdenes con que así es la reina del salmo vestida de oro y adornada de variedad, provee á sus escogidos según las necesidades é inclinaciones de cada uno. Por donde de paso consigue Dios otro fin principalísimo y utilísimo.

A la manera que un director de fábrica no coloca á todos igualmente en un mismo oficio, sino que para mayor aprovechamiento del individuo y mejores resultados de la empresa, aplica á cada uno según ve ser las diferentes disposiciones é inclinaciones de cada cual, así Dios nuestro Señor, para que sea mayor el mérito de las virtudes, el ejemplo de las religiones y el lustre de su Iglesia, y porque cada escogido pueda atesorar en sí mayores virtudes y merecimientos de vida eterna, comunica á cada cual especiales instintos divinos, los cuales, favorecidos y dirigidos por el Espíritu Santo, den ventajosísimos resulta-

dos. Por donde se ve tanta variedad en los ministerios eclesiásticos y tantas virtudes en todos ellos. De suerte, que mientras algunos se santifican en la cura de almas, otros se perfeccionan en el retiro del claustro; quiénes en la predicación y quiénes en el profesorado; unos honrando las iglesias catedrales y otros escondidos en los villorrios; á lo cual todo contribuye no pocas veces la condición personal de cada uno; que vemos que unos aman el aislamiento de la aldea y otros la mucha actividad de los grandes pueblos. Así hay eclesiásticos como Bossuet y San Vicente de Paúl, y monjes solitarios como San Pablo y San Antonio.

### ARTÍCULO III

#### DE LAS SEÑALES DE LA VOCACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS

Siendo como es tan necesaria la elección acertada del estado á que el Señor nos llama, no podía dejar Dios de disponer que los Santos y Doctores nos indicasen las señales con que esto pueda conocerse con certidumbre moral, cual lo sufre la naturaleza del caso. Pues estas prendas ó señales unas veces son ciertas y otras dudosas; cuya duda, ya procede de la contradicción con que á veces aparecen unas con otras, ya de ser reducidas en número ó en expresión.

Pues bien, comenzando por las más importantes, es señal de vocación eclesiástica el tener desde jóvenes inclinación á la Iglesia y á los ministerios sacerdotales. Si introducís, como advierte el Dr. Balmes, una porción de muchachos en una gran exposición donde haya mucha variedad de objetos pertenecientes á los ramos del conocimiento humano en sus múltiples manifestaciones, notaréis que unos mirarán con particular interés los cuadros, otros las máquinas, quiénes cosas de armas militares, y quienes ornamentos de Iglesia. Y de muchos santos y sa-

cerdotes y predicadores se sabe que siendo niños gustaban de hacer altares, de predicar á los compañeros, según se cuenta del incomparable San Vicente Ferrer. Pues tal inclinación siendo constante es vehemente indicio de vocación eclesiástica.

Es la segunda desear la gloria de Dios y el bien de las almas con una gran solicitud en procurar la propia salvación. Esta es la gran señal, mejor dicho, la que revela todas las demás señales. Porque el que desea la gloria de Dios y el bien de las almas, se mueve á procurar todos estos fines optando por aquellos medios que más poderosa y eficazmente contribuyen á su conseguimiento. De aquí el deseo de la administración de los sacramentos y de la evangelización del nombre de Dios; porque es claro que de suyo más puede hacer un sacerdote que un seglar, como mejor defiende la patria un soldado en la guerra que un paisano en su casa. Por supuesto que el tal celo debe comenzar por sí propio, anhelando su propia salvación como la cosa única necesaria, y aun procurando cada día nuevos acrecentamientos. Esto lleva al joven al apartamiento de las ocasiones y peligros del mundo, al recogimiento de espíritu, á la frecuencia de los sacramentos, á la lectura de los buenos libros, en una palabra, á todo aquello que le aproxima á Dios y le aparta del mundo.

Si á todo esto acompaña al joven limpieza de linaje, índole buena y disposición para las letras, se completa y sella la vocación. Un tal joven bien puede estar tranquilo, mejor dicho, ni siquiera se le ocurrirán dudas ni temores en el caso. Sólo ha de tener presente el que haga cierta su vocación con el proseguimiento del bien comenzado repitiendo muchas veces al Señor: *Dominus qui incepit ipse perficit.* El Señor que lo comenzó él mismo que lo concluya.

Mas, si por ventura no concurrieran tales caracteres, antes sólo por motivos mundanos, por hacer su carrera, cual la hace un militar, por asegurar su posición, por complacer á los parientes ó por otros motivos indignos de tan alto

ministerio penetra el joven en el santuario, segura tiene su ruina y perdición eterna, su desgracia é infelicidad en la vida y desastroso fin en la muerte. Aun entrando con vocación, no todos corresponden á la misma, y pierden la gracia, y es el candelabro, en expresión apocalíptica, removido de su lugar. ¿Qué será si no hay tal vocación? Semejante á la piedra desprendida de alta cumbre, se precipitará cada vez con mayor fuerza arrebatando en su caída otras muchas almas.

¿Y qué se hará cuando hay duda por razón de contradicción en las pruebas ó de escasez de señales? Pues, ¿qué sucede cuando, acompañados de documentos dudosos, pretendemos penetrar en algún centro ó casa oficial? Que mientras no subsanemos los documentos, nos es denegada la entrada. Mientras el encargado no se cerciora de la legitimidad de nuestra cédula ó pasaporte, mantiene cerrada la puerta. Pues exactamente; mientras permanezca dudosa nuestra vocación, no debemos, ni podemos penetrar en el santuario.

¿Y si por desgracia estamos ya dentro del estado eclesiástico, adheridos con votos al ministerio sacerdotal sin el llamamiento divino? Es decir, que somos una pieza mal colocada. Pues seguramente que no hay otro camino que la penitencia. A la manera que cuando tenemos un hueso dislocado, para volverlo á su lugar precisa entregarse á la acción más ó menos dolorosa de la cirugía, así para volver á la paz del alma y al orden de Dios hemos de llorar nuestro yerro y corregir con el dolor de la penitencia nuestra falta, esperando en la misericordia inacabable del Señor que aún hará sanable nuestro mal.

Oigamos en el artículo siguiente el lenguaje del Venerable P. Claret y cómo se expresaba sobre la vocación al sacerdocio.

